

EL MAYORISTA

En un pueblo chico de nuestro interior bonaerense, sus habitantes llevaban sus días sin demasiados sobresaltos. Era lo que se dice un lugar tranquilo, de gente mansa, sin demasiadas expectativas; sin grandes pesares, con sus esperanzas intactas.

Casi saliendo del centro, cuando ya las casas bajas se iban haciendo pocas y como si la ubicación fuera proporcional a la utilidad que prestaba, estaba la vidriería. No tenía mucho movimiento comercial, pero estaba surtida y su potencial clientela era todo el poblado, ya que no tenía competencia y estaba preparada como para cubrir cualquier emergencia. Pero los cristales de las ventanas no corrían riesgos: ni por pelotazos ni por pedradas podrían astillarse. Los pibes que jugaban un fulbito tenían espacio de sobra en los potreros, no llegaban ni sus gritos ni sus discusiones ni sus festejos de gol. Los cazadores de honda que salían en las siestas sólo espantaban a los pajaritos, así que andaban como de aventura y la honda los protegía de algún perro celoso de su territorio o algún otro bicho provocador.

Cierto día, un viajante llevó su apuro hasta la vidriería por una emergencia. Un accidente había roto su parabrisas y en busca de ayuda acudió a quien pudiera darle una mano. De muy buena gana el vidriero se esmeró en solucionar el inconveniente, aun sabiendo que no recibiría pago del mayorista: las ventas no habían sido buenas y el poco dinero recaudado era un seguro hasta la llegada a destino, según explicó al pedir el fiado. La promesa de pronto regreso y un apretón de manos sellaron el compromiso de pagar la deuda la próxima vez. El vidriero lamentó no poder solucionar por completo el problema: el espejo retrovisor del parabrisas, también roto, no pudo ser repuesto. Él no tenía espejos en su negocio. ¿Para qué? ¿Para quién? ¿A quién venderle un objeto que dura la vida entera? Así fue que cuando el viajante, agradecido por la confianza, volvió a honrar su deuda, vino con el auto cargado de espejos. De todos los tamaños: retrovisores para autos, motos y bicicletas; de adorno con los más bonitos y coquetos marcos, de estilos diversos y vidrios brillantes. Los dejó casi con prepotencia, insistiendo ante las dudas del vidriero de a quién se los vendería. “Favor con favor se paga” dijo el viajante, y se fue. Empezó entonces a acomodarlos. Colgando el más bonito para que se vea desde la calle, por un instante prestó atención a lo que reflejaba y se vio a sí mismo, como si no se conociera. Porque dentro del marco brillante no se veía solo. Reconoció a algunos vecinos, y sobre todo a su familia cercana: sonrientes, felices, rodeándolo con afecto y muy cariñosamente. En un nítido primer plano el viajante de los espejos lo miraba con sonrisa amable y emocionada. Fue un instante, se pasó la mano por los

ojos, luego por el cristal y cuando volvió a mirar, todo se había desvanecido. Despierto estaba, y desconcertado, tratando de encontrar una explicación a lo que había vivido.

Nada comentó a nadie y volvió a su rutina. Un vecino se acercó a charlar para pasar el rato y, curioso se acercó a mirar la nueva mercadería. Mientras pasaba de espejo en espejo, se detuvo en uno adornado con arabescos y firuletes y creyó ver rasgos conocidos en su reflejo. Se vio a sí mismo con rostro sombrío, oscuro y casi desdibujado en sus facciones opacas. Detrás de él, iluminados y claros, su esposa y sus hijos lucían dichosos y confiados. ¡Hermosos! Sólo él ennegrecía lo que hubiera sido una hermosa postal. Él, que ya no amaba la dulzura de esa mujer, que se sentía molesto por sus hijos, acobardado por la vida que había desperdiciado por padecer el vicio del juego y lo había dominado hasta el abismo. Escapó de ese maldito espejo, que lo había puesto frente a lo peor de sí mismo, sus sentimientos ocultos y sus tentaciones recónditas, que habían malogrado su vida y su futuro.

En otra oportunidad, una señora mayor, amiga de la esposa del vendedor, vio los espejos e inmediatamente pensó en su nieta, próxima a casarse y que llevarle uno sería un lindo regalo. Se paró frente a uno que le gustó especialmente y en simultáneo se desenredó un largo camino, sinuoso, con tramos floridos y espacios espinosos y desérticos. En los costados, sus padres jóvenes, vitales, y como si fueran contemporáneos, sus hijos y nietos, hermanos y sobrinos que sonreían y aplaudían ante su paso lento, emanando amor, con paz y serenidad como había vivido su vida, prodigándose sin esperar nada a cambio. Emocionada, comentó al vendedor lo que había sucedido, pero él la escuchó con atención desviando el tema del espejo, con el pretexto de "...qué rápido se van los años".

Era de suponer, y así fue, que comentó a su amiga el suceso del espejo y lo repitió con cuanta persona se cruzara a su paso. El negocio comenzó a llenarse de gente y los espejos a venderse, al igual que toda la mercadería acumulada por años y a la que nadie prestaba atención. Entre tanta gente llegó también un joven matrimonio con una amiga haciendo las últimas compras antes de partir de vacaciones y querían asegurarse la compra del espejo porque seguro no lo encontrarían a la vuelta. Por un segundo, mientras se consultaban sobre si combinaría o no con la ambientación de la casa, el color del marco, el estilo y los relieves, los tres amigos quedaron encuadrados en el contorno del espejo. Entonces, no se sabe ni se sabrá cómo ni porqué, el espejo se desprendió de la pared y, dando contra el suelo, se hizo trizas...